

EL MOVIMIENTO NO PARLAMENTARIO EN LA SEGUNDA REPUBLICA

Victor Alba

Cuando se escribe sobre la Segunda República española se hace frecuente referencia a las derechas, los partidos republicanos y los socialistas. Menos frecuentes son las alusiones al movimiento anarcosindicalista y casi nulas las que se relacionan con los partidos marxistas menores.

Sin embargo, las cosas se desarrollaron de tal modo que en el momento crucial de la vida del régimen, en julio de 1936, fueron precisamente esos movimientos marginados por los historiadores —pero no por el hombre de la calle— los que desempeñaron un papel decisivo. Basta recordar la lucha en las ciudades, la formación de las milicias, las colectivizaciones industriales en Cataluña y las agrarias en Levante, Aragón y otros lugares, y la evolución seguida por esos movimientos marginados, para darse cuenta de cuánto cojea nuestra historiografía al no tomarlos en serio cuando al parecer carecían de fuerza. Debido a esto, diríase que surgieron por arte de magia unos y resucitaron otros, cuando en realidad habían estado activos y en desarrollo constante. Este es un problema que una historia limitada a los vaivenes parlamentarios y electorales no resuelve. Para comprender la guerra civil, los meses que la precedieron y los que siguieron al 18 de julio, es necesario tener en consideración a esas fuerzas que pueden llamarse, con un término hoy de moda, *extraparlamentarias*.

Hay que decir que ese olvido de los historiadores refleja el de los políticos y los periódicos de la época, que raramente hablaban y que ciertamente no conocían ni comprendían, esas fuerzas¹.

Vamos a analizar aquí, no la historia interna de esos movimientos, que puede consultarse en algunas obras monográficas, sino sus relaciones con el sistema republicano y el papel que en él desempeñaron.

¹ Se incluye entre esos movimientos extraparlamentarios al PCE, porque si bien en todas las legislaturas antes de la de 1936 tuvo un diputado, éste no fue nunca elegido como comunista o en candidatura del PCE.

La CNT: la conspiración.

La CNT había sido, desde su fundación en 1911, en Barcelona, la organización sindical más poderosa de España. La UGT, fundada también en Barcelona un cuarto de siglo antes, nunca alcanzó la fuerza numérica de la central anarcosindicalista, y careció de influencia en el que era entonces el punto clave del movimiento obrero: Barcelona, mientras que la CNT estableció cabezas de puente en las regiones donde la UGT era fuerte: Madrid, Asturias, País Vasco.

En la CNT luchaban dos tendencias principales: los sindicalistas y los anarquistas, pero como era entonces una central abierta, militaban en ella también elementos que se consideraban marxistas y otros sin ideología definida. En 1919, estas luchas culminaron en el Congreso de la Comedia, en que se acordó adherir provisionalmente a la Tercera Internacional, adhesión retirada tres años más tarde en un pleno de Zaragoza. Es interesante notar que fueron los anarquistas puros los partidarios de la adhesión, junto con algunos marxistas, como Andrés Nin y Joaquín Maurin mientras que los sindicalistas como Salvador Seguí y Angel Pestaña se mostraban renuentes².

La CNT contaba entonces con unos 700.000 afiliados, frente a los 120.000 de la UGT. A pesar de esta diferencia y de las diferencias ideológicas —con los resquemores y desconfianzas que implicaban—, hubo en algunas ocasiones pactos de acción común (en 1917, en 1921), que nunca fueron duraderos.

La unidad de acción, por lo demás, era difícil en la lucha cotidiana, porque se trataba de dos formas de organización de casi imposible coordinación. La UGT seguía el modelo, entonces común en el movimiento sindical de todo el mundo, de los sindicatos de empresa o de oficio, mientras que la CNT, desde 1915 y por iniciativa de Seguí, formó los llamados sindicatos únicos, es decir, lo que a partir de 1932, cuando lo establecieron en los Estados Unidos los fundadores de la CIO, se llamaron sindicatos de industria. Posiblemente la eficiencia de esta forma de organización para arrancar beneficios explica, más que la ideología, el auge de la CNT en esa época, que no pudo detener ni la crisis de la postguerra ni el terrorismo policiaco-patronal. Este último dio en el seno de la CNT una plataforma a los anarquistas. Fueron ellos quienes se encargaron de la respuesta, también terrorista, a la violencia patronal barcelonesa.

El golpe de septiembre de 1923 cogió de sorpresa a todo el movimiento obrero español. No hubo reacción fuera de un intento fallido de unidad de acción en Madrid. No se opuso resistencia a la Dictadura, en sus primeros tiempos, ni por parte de socialistas y ugetistas (que consiguieron con ello cierta tolerancia para su funcionamiento, aunque éste fuese en el vacío, puesto que no había ni política ni huelgas), ni por parte de la CNT (cuyos sindicatos fueron clausurados y cuyos dirigentes acabaron en la cárcel o el exilio).

En éste, mientras unos cenetistas —los anarquistas— se dedicaban sobre todo a “expropiaciones” (en América Latina) y a actuar dentro de los grupos ácratas locales, los sindicalistas establecieron contactos y relaciones con otros grupos de exiliados. A comienzos de 1925, por ejemplo, se formó en París un Comité constituido por delegados del Partido Comunista, la CNT (Rafael Vidiella, más tarde socialista y finalmente comunista oficial) y el Estat Catalá de Francesc Macià.

Este comité patrocinó el viaje de Macià a Moscú, al año siguiente y se disolvió poco después del regreso del ex-coronel, porque se consideró que no tenía objeto seguir aliado con

² Victor Alba: *El Partido Comunista en España*, Barcelona 1979, caps. 2 y 5.

los comunistas si Moscú no aportaba nada a los proyectos de “invasión” o de lucha armada que desembocaron, por un lado en el intento frustrado de Prats de Molló de los catalanistas y por el otro en la entrada de un grupo anarquista por Vera de Bidasoa (al parecer como resultado de una provocación policiaca que terminó en varias muertes).

En Barcelona misma, hubo contactos y planes conjuntos de cenetistas y republicanos. Lluís Companys, que había sido abogado de la CNT después del asesinato de su mentor Francesc Layret, participó en esas actividades, como un intento frustrado de asalto al cuartel de Ataranzas, en el que el futuro presidente de la Generalidad tomó parte. Aunque más tarde, cuando cambió la dirección cenetista, se trató de pasar por alto esos contactos, en los primeros años de la República se hicieron constar en obras de cenetistas notorios. Así, Joan Peiró afirmaba: “Desde el año 1923, ni un solo Comité Nacional, ni un solo Comité Regional ha dejado de estar en contacto con los elementos políticos, no para implantar la república, sino para acabar con el régimen de ignominia que nos ahogaba a todos. ...A principios de 1924, elementos de la Confederación, y creo que ostentando una representación oficial, en la población francesa de Font-Romeu se reunieron con Macià... que llevaba la representación de otros sectores de izquierda de España”. Cuando Macià pidió que “una representación se trasladase a París con objeto de trabar relaciones con vistas a un movimiento revolucionario”, el Comité Regional de Cataluña, que residía en Mataró, de acuerdo con el Nacional, que residía en Zaragoza, acordó mandar a Peiró. De igual modo, en 1928, el Comité Nacional, que no quería unirse oficialmente a elementos políticos, designó unos Comités de acción mixtos de anarquistas y cenetistas, que mantenían relaciones con elementos políticos y militares. Por esto, hubo colaboración de esos Comités en la tentativa frustrada de Sánchez Guerra en Valencia. (Recuérdese que Sánchez Guerra, al ser nombrado jefe del Gobierno, a la muerte de Dato, substituyó a los generales Martínez Anido y Arlegui, como gobernador civil y jefe de policía de Barcelona, respectivamente, con lo que se terminó inmediatamente el pistolero en la ciudad condal. La CNT no había olvidado esa actitud del político conservador)³.

El mismo Juan Peiró firma el manifiesto de “Inteligencia Republicana”, durante la “dictablanda” del general Dámaso Berenguer. Su firma aparece al lado de la de políticos y militantes obreros no cenetistas, como Gabriel Alomar y L. Companys. A las críticas que se le dirigen, Peiró contesta en el primer mítin autorizado de la CNT, en Barcelona, y Pestaña lo apoya, afirmando que “por encima de los objetivos económicos inmediatos, hay planteado hoy en día un problema de libertad”. Al propio tiempo, el Comité Nacional da un manifiesto en que reclama que de la caída de la dictadura se pase “a un régimen de plena, franca y fecunda libertad”, al “triumfo pleno de la democracia”. Con el fin de conseguir esto “la CNT debe proclamar su solidaridad circunstancial con todas las fuerzas políticas y sociales que coincidan en el punto concreto de exigir la convocatoria de Cortes Constituyentes que liquiden el pasado y abran un nuevo cauce a la corriente del pensamiento moderno”. La CNT no participará en actividades parlamentarias, pero exigirá que la nueva constitución establezca “el cauce para que tenga desenvolvimiento legal nuestra CNT”. El manifiesto hace hincapié de un modo muy especial en que debe abolirse el sistema, impuesto por la dictadura, de Comités Paritarios para mediar en los problemas laborales. En esto la CNT sigue fiel a su vieja convicción de que en los conflictos de trabajo no debe intervenir el Estado en ninguna forma. Esto lo considera esencial. “Nosotros no nos organizaremos como quiera el Estado. Nos organizaremos como nos dicte nuestra conciencia libre”. Este

³ Congreso Extraordinario de la CNT 1931. Memoria, Barcelona, 1932. pp. 66-68.

manifiesto, que de hecho significaba un cambio profundo si no en los principios, sí en la estrategia cenetista, resultado de la experiencia de la Dictadura y de los contactos con elementos antidictatoriales, fue redactado por un comité nombrado en un pleno de Regionales celebrado el 16 de febrero de 1930⁴.

Una comisión designada por el mismo pleno se entrevistó con el jefe del Gobierno, consiguió que se levantara la clausura de los sindicatos cenetistas —decretada en 1923— y reclamó, sin conseguirlo, que se suprimieran los Comités Paritarios. Hay que señalar la insistencia en este último punto. Cualquiera que conozca los medios anarcosindicalistas sabe cuán esencial se considera en ellos lo que llaman “acción directa”, es decir, negociación o enfrentamiento directo entre obreros y patronos, sindicatos y empresas, central sindical y patronal, sin interferencia ninguna, especialmente sin mediación estatal.

El Comité Regional catalán delega a uno de sus miembros, Juan Magriñá, para que forme parte de un comité de republicanos que se reúne, sin gran eficacia, en Barcelona⁵. El 4 de abril de 1930, se entrevistan Angel Pestaña y el general Emilio Mola, Director General de Seguridad, en el gobierno civil de Barcelona, porque el general quiere saber cuál será la actitud de la CNT si se devuelve la libertad a los sindicatos. Pestaña le dice, según Mola, que “los Comités Paritarios no nos interesan porque son contrarios a nuestra táctica sindical. Son una monstruosidad o, por lo menos, nosotros lo entendemos así. ...La Confederación no puede transigir con la llamada «organización corporativa»”⁶. Es interesante notar que ni siquiera cuando se trata de conseguir la legalización de la CNT ésta está dispuesta a abandonar o suavizar su oposición de los Comités Paritarios⁷.

Reaparece *Solidaridad Obrera* —con un préstamo de 15.000 pts. del Comité Local de Manresa— y el domingo 6 de julio (entonces los trabajadores no salían en coche fuera de la ciudad los domingos) se reúne una Conferencia para discutir sobre el diario. En ella se ponen de manifiesto, por primera vez de modo tajante, las diferencias entre las distintas tendencias dentro de la CNT.

Por una parte, había los grupos marxistas, comunistas disidentes, que antes de la Dictadura habían formado los Comités Sindicalistas Revolucionarios, de los que se hablará más adelante.

Pedían tolerancia dentro de la CNT, pero ni anarquistas ni sindicalistas estaban dispuestos a dársela. El tipógrafo Adolfo Bueso fue el principal portavoz en esa Conferencia de los no ácratas.

La otra tendencia era la de la FAI, que no se presentaba como tal, sino como anarquista “pura”. La FAI (tras una reunión preliminar en Lyon, en 1926) había sido formada en julio de 1927, en una conferencia clandestina celebrada en la playa del Cabañal de Valencia, y nunca reunió a muchos militantes. Parece que el momento, antes de 1936, en que tuvo más, no pasaron de los seiscientos en toda España⁸. La FAI era, de hecho, un partido po-

⁴ B. Pou y J.R. Magriñá: *Un año de conspiración*, Barcelona, 1933. El manifiesto del Comité Nacional se reproduce en las pp. 24 y ss.

⁵ *Id.* p. 41.

⁶ Emilio Mola: *Lo que yo supe*, Madrid, 1932, pp. 68-70.

⁷ Tal vez sea interesante señalar que por esa misma época, el PSOE todavía no ha adoptado una posición clara respecto al régimen. Su Comisión Ejecutiva, por ejemplo, censura a Indalecio Prieto por haber asistido a unos banquetes a Sánchez Guerra y a Eduardo Ortega y Gasset. El discurso de Prieto en el último acto fue denunciado por el fiscal (“El Diluvio”, Barcelona, 29 de marzo de 1930).

⁸ Juan Gómez Casas: *Historia de la FAI*, Madrid 1977, pp. 117 y ss.

lítico no parlamentario ni electoralista, que trataba, como los marxistas, de apoderarse de la dirección de la CNT, pero con la ventaja de que su ideología, el comunismo libertario, era la misma que la CNT había adoptado en el Congreso de la Comedia de 1919. Su lucha con los sindicalistas —Pestaña, Peiró— no era, pues, ideológica, ni siquiera estratégica, sino por cuestión de táctica y por el poder confederal. Los sindicalistas consideraban que había que luchar al lado de los republicanos contra la Monarquía y que, si se llegaba a proclamar la República, habría que utilizarla con el fin de sacar todo lo posible para los trabajadores y la CNT, mientras que la FAI estimaba que la CNT debía actuar sola, sin contactos, oponerse a toda participación de los trabajadores en la política y confiar en ella sola para llegar a establecer el comunismo libertario. Dentro del contexto anarconsindicalista, la FAI era revolucionaria y los sindicalistas, reformistas para aplicarles el léxico en uso en el movimiento de componente más o menos marxista.

En la Conferencia, FAI y sindicalistas convergieron contra los marxistas, a los que descartaron de cualquier papel en la dirección regional, aunque no en la de algunos sindicatos. Pero esto no evitaba las tensiones entre las dos tendencias ácratas. De ellas, la sindicalista predominó, porque en la masa de afiliados y de militantes la impaciencia por el desenlace de la crisis abierta con la caída de Primo de Rivera pesaba más que los bizantinismos ideológicos y porque la táctica sindicalista, de luchar al lado de cuantos se oponían a la monarquía, encontraba un respaldo casi general.

Lo que frenaba a los faistas —como pronto se les llamó— fue el deseo de una amnistía general y próxima. Muchos elementos de la CNT y de la FAI estaban en la cárcel, algunos cumpliendo largas penas, y lo primero era sacarlos de prisión. Para esto, hasta los “puros” estaban dispuestos a colaborar con quien fuese y a tratar con el gobierno.

Esta era también la posición del grupo o tendencia “Solidaridad” formada, como reacción a la organización de la FAI, por Pestaña, Peiró, López, Foix, Alfarache, Birlán, Plaja, Buenacasa. Este grupo era también lo que en los medios anarcosindicalistas se llamaba una “organización específica”, para eludir el nombre que le correspondería de partido político. Pronto en él surgieron discrepancias entre Peiró y Pestaña, cuando este empezó a mostrar tendencias posibilistas, que chocaban con Peiró y sobre todo con los elementos jóvenes del Comité de Acción Revolucionaria, formado para mantener contactos políticos sin comprometer a la CNT. Todo esto, claro está —puesto que la CNT vivía en la clandestinidad y se componía de hecho, solamente de comités y militantes— se desarrollaba lejos de los ojos del público. Pero, caída la Dictadura, estas divergencias aparecieron a la luz y se manifestaron, como queda dicho, sobre todo en torno a la orientación del diario confederal⁹.

El grupo sindicalista hace algunas concesiones en el vocabulario y algunos gestos de conciliación. Peiró, por ejemplo, retira su firma del manifiesto de “Inteligencia Republicana”. Gracias a esto y a la presión de las circunstancias, ese grupo consigue seguir en la dirección confederal.

La CNT no confía mucho en comités de republicanos ni en asonadas militares. Cree que la agitación por la acción es el mejor medio de debilitar la monarquía.

Pero, entre tanto, algunos militares se habían puesto en contacto con la CNT. Destacaba entre ellos el capitán Alejandro Sancho, que redactó un manifiesto dirigido a los técnicos, llamándoles a que se unieran al movimiento revolucionario¹⁰. Ramón Franco y algunos otros oficiales asistieron a las reuniones con dirigentes cenetistas convocadas por San-

⁹ *Id.* pp. 129 y ss.

¹⁰ Pou-Magriñá: *Op. cit.*, pp. 87 y ss. Sancho murió poco después de proclamarse la República.

cho. Finalmente, se formó un Comité Revolucionario en el que participaban Sancho por los técnicos, Eduardo Medrano por los militares, el estudiante Ricardo Escrig, Pou y Magriñá por la CNT y Manuel Hernández por la FAI. Varios empleados de telégrafos informaban de los telegramas cursados entre las autoridades y algunos ambulantes de correos servían de enlace entre las distintas ciudades¹¹. Cuando Francesc Macià entró en España y fue detenido y llevado a la frontera, varios dirigentes cenetistas firmaron, con republicanos y marxistas, un manifiesto de protesta que anunciaba la constitución de un "Comité Pro-Libertad". Este comité organizó algunos mítines pro-ampnistía en los que hablaron Companys, Maurín y cenetistas. Por su parte, el Comité Revolucionario (republicano-socialista) de Madrid envió a Rafael Sánchez Guerra a buscar la colaboración de la CNT (cuya principal fuerza, ya se dijo, radicaba en Cataluña), pero no hubo acuerdo ninguno, porque los cenetistas pedían armas o dinero para comprarlas y Sánchez Guerra, asustado, sólo quería hablar de comités y reuniones. Más tarde, ese comité, que popularmente la gente llamaba Comité del Ateneo, envió con la misma misión a Miguel Maura y Angel Galarza. Querían que la CNT mandara una delegación a entrevistarse con Largo Caballero y Saborit, de la UGT, para preparar una huelga general que el Comité pensaba declarar y para la cual la UGT prometía la paralización del tráfico ferroviario.

En la segunda mitad de 1930 hay varias huelgas importantes, declaradas por sindicatos cenetistas y en varios casos huelgas generales de una industria (ramo se llamaba entonces) por solidaridad. Esto era un buen entrenamiento para los nuevos adheridos y una especie de maniobras para los militantes, con vistas a lo que consideraban enfrentamiento inevitable no con la patronal, sino con el gobierno y el régimen. Así, por ejemplo, una huelga general de la construcción de una semana en Barcelona (septiembre) por solidaridad con los huelguistas de una empresa, que estaban en huelga, a su vez, por solidaridad con seis obreros despedidos por su actividad sindical¹². O una huelga general en Madrid, en octubre, con motivo de las cargas de la policía contra los que acompañaban el entierro de unos obreros muertos en el derrumbe de un edificio en construcción, en la calle de Alonso Cano. La huelga general se declara también en Barcelona, por solidaridad con la de Madrid (17 de noviembre): los estudiantes se manifiestan al lado de los cenetistas. La huelga se extendió a toda Cataluña, con incidentes y choques en numerosos lugares. La CNT pide a los republicanos que ordenen a los militares adictos que abran las puertas aunque sean de un cuartel, para hacerse con armas. Rafael Sánchez Guerra, que debe acudir de nuevo a Barcelona a entrevistarse con los cenetistas, no llega. En Madrid, cuando ya el paro es general, la UGT da la orden de huelga. Esto, naturalmente, escama a los cenetistas, que sin embargo, cometen un error que se repetirá varias veces en los años futuros: una vez lanzado un movimiento de alcance general, al ver que no se le sigue por otras organizaciones, aunque sí por la masa, reduce sus aspiraciones a cuestiones sindicales inmediatas: legalización, en este caso, del sindicato del transporte de Barcelona. Al cabo de tres días de huelga general, se da orden de volver al trabajo¹³.

¹¹ Otros militantes que asistieron a diferentes reuniones de este Comité Revolucionario, distinto y paralelo al formado por republicanos y socialistas y presidido por Alcalá Zamora, fueron los comandantes: Enrique Pérez Farrás, Arturo Menéndez, Díaz Sandino, capitanes: J. Pérez Salas, José García Miranda, tenientes: José Cabezas, Anselmo Grandes, Pedro Romero, Sánchez, Barcaiztegui y Bosch (Pou-Magriñá: *Op. cit.* p. 99) Franco, Romero y Sancho fueron detenidos y el comité se encontró desprovisto de sus elementos más dinámicos.

¹² Pou-Magriñá: *Op. cit.* pp. 175 y ss.

¹³ *Id.* pp. 197 y ss.

No se abandonaron los contactos con el Comité Revolucionario republicano-socialista. Azaña entregó al capitán Medrano 15.000 pts, de las cuales 10.000 debían ir a la CNT y las otras al Comité Revolucionario (político) catalán. Se dedicaron a la compra de armas, municiones y un auto. Y cuando se estaba en esto, tuvo lugar la sublevación de Jaca. Como el Comité (político) no sabe donde imprimir un manifiesto, se encarga de ello la CNT. Esta, también se encarga, por orden del Comité (político) de Madrid, de comunicar a los conjurados de Lérida la orden de unirse a la sublevación de Jaca, pero ya es tarde. Galán y García Hernández han sido capturados. Cuando se recibe esta noticia en Barcelona, la CNT, sin consultar con nadie, de acuerdo con decisiones adoptadas previamente, declara la huelga general, que es realmente general en Barcelona y en casi toda Cataluña. En el manifiesto del 12 de diciembre de 1930 donde se declara la huelga, el Comité Nacional de la CNT dice: "Se mantendrá el movimiento con carácter pacífico en aquellas localidades donde la organización no tenga instrucciones en contra. En las poblaciones donde la lucha se entable, se habrá de actuar de común acuerdo con los elementos organizados en el frente antidinástico, con el fin de que una conjugación de esfuerzos haga más breve la lucha". Y se puntualiza: "La participación de la CNT en la lucha contra la Monarquía no quiere decir que anhele otras formas de opresión burguesa, puesto que los burgueses son los organizadores del frente antidinástico. No. La CNT, el proletariado, debe intervenir porque se juega el porvenir político de la nación, de la que somos la parte más numerosa, y si el proletariado se inhibiera a estas alturas, se afirmaría un estado de cosas que ya no puede soportarse"¹⁴.

Pero en Madrid la huelga es sólo parcial y muy breve. Los ferrocarriles y correos, dos dominios de la UGT, no se detienen. Se publican los periódicos. Los cenetistas se sienten defraudados y engañados, creen que, una vez más, los socialistas y republicanos los han dejado en la estacada¹⁵.

Durante la campaña para las elecciones municipales, los cenetistas arrancan los sellos puestos en las puertas de sus sindicatos clausurados. Y el 14 de abril, después de la proclamación de la República en Barcelona, antes de que se proclame en Madrid, el Comité Nacional de la CNT lanza un manifiesto, por excepción muy breve, en el cual dice: "No nos entusiasma una república burguesa, pero no consentiremos una nueva dictadura... Si la República ha de consolidarse, será indudablemente contando con la organización obrera, de lo contrario, no será"¹⁶. Lo primero es abrir los sindicatos y las puertas de las prisiones. Los presos salen sin aguardar ninguna orden de arriba. Y se declara una huelga general en previsión de intentos de las fuerzas monárquicas. Macià, ya presidente del gobierno catalán, prohíbe que se de por radio la orden de huelga. Pestaña y Sanmartín, delegados de la CNT cerca de Macià, se retiran.

¹⁴ Diego Abad de Santillán: *Contribución a la historia del movimiento obrero español*, Puebla, 1965. vol. II, pp. 365 y ss.

¹⁵ Pou-Magriñá: *Op. cit.* pp. 266 y ss.

¹⁶ *Id.* pp. 299-300.

La CNT: la marginación.

Era necesario hablar con cierto detalle de este aspecto de la actividad de la CNT en los años que precedieron a la proclamación de la República por dos motivos: uno, porque tanto entre los republicanos y socialistas como entre los cenetistas se habló poco de él, después de 1932, y en segundo lugar, porque explica la actitud de la CNT a partir de 1931 y acaso la actitud de los socialistas (en especial de los ugetistas). Claro que esto último es, más que política, una afirmación que corresponde al terreno de la psicología estricta. Sea como fuere, lo cierto es que después de la proclamación de la República pueden distinguirse, en las relaciones entre el nuevo régimen y la CNT dos períodos distintos.

En el primer período, la dirección sindicalistas —Peiró, Pestaña y sus amigos de la desvanecida “Solidaridad”— da un margen si no de confianza, por lo menos de respiro a la República. Hay en los medios cenetistas de tendencia sindicalista la esperanza de que la CNT, con el nuevo régimen, entrará en una etapa de vida normal, sin persecuciones, que permitirá ir acentuando su carácter sindicalista y diluyendo, sin perderlo, su carácter ácrata. En cierto modo, es una actitud posibilista, pero no tanto de cosas inmediatas por conseguir cuanto de una aceptación de la CNT como un elemento normal de la vida de la República. Mi impresión personal, como testigo, aunque muy joven, de este período, es que si en la dirección del nuevo régimen hubiese habido un recuerdo más vivo de lo hecho por él, por la CNT y, sobre todo, un deseo de incorporar o integrar la CNT en la República, se hubiera conseguido sin grandes esfuerzos. La FAI era todavía muy minoritaria, las esperanzas puestas en la República y la repulsión por una posible nueva dirección eran muy vivas, tal vez mayores entre los cenetistas que en otros medios, aunque no fuese más que porque la CNT se había pasado siete años perseguida abiertamente después de muchos más años de persecución encubierta, y el deseo de una vida sin represión primaba sobre cualquier otro en los primeros meses después de abril de 1931.

¿Por qué no se consiguió esta normalización que tanto anhelaba el grueso de la CNT y que no significaba, para los cenetistas, que dejaran de hablar de anarquismo, de acción directa y de sindicalismo revolucionario, sino que se aceptara que hablar de todo eso no era algo que debiera hacerse de modo oculto y con riesgo?

La respuesta a la pregunta es compleja y más que en documentos —que en esos temas suelen faltar—, se basa en experiencias personales, conversaciones privadas y en el recuerdo de la atmósfera que respiraba en los medios del movimiento obrero en los años 1931-1932. El lector, pues, deberá confiar, cuando menos, en mi veracidad, ya que no necesariamente en la agudeza de mi análisis.

Conviene, aquí, antes de proseguir, dejar la palabra a un observador lejano y objetivo, que habla de las posiciones distintas de la CNT y la FAI frente a la República: “Los cenetistas se mostraban inclinados a dar el nuevo gobierno la oportunidad de cumplir sus promesas, los faistas, sin embargo, no querían tolerar un régimen reformista, burgués, democrático” La lucha de generaciones, sigue diciendo el profesor norteamericano, influían en esta cuestión, pues los faistas solían ser jóvenes impacientes, mientras que los cenetistas acumulaban la experiencia de muchos años de lucha, y temían el carácter secreto de la FAI y las posibles matanzas que su política podía acarrear. Por lo demás, el tipo de organización flexible que tenía la CNT, con sus comités locales, regionales y nacional, sus comités pro-presos y sus comités de defensa, permitía a la FAI y hasta a

un solo grupo de ella, como “los indomables” de García Oliver, Durruti y Ascaso, penetrar en los sindicatos y apoderarse de sindicatos enteros¹⁷.

En su primer congreso desde 1919, celebrado en junio de 1931, con 511 sindicatos representados y más de medio millón de afiliados, el anarquista austríaco Rudolf Rocker, que hizo el gran discurso inaugural, se alzó contra el peligro de que las falsas promesas e ilusiones desviarán a los trabajadores del odio al capitalismo y al Estado. “El mayor peligro con que se enfrenta la CNT hoy es el peligro democrático”, dijo. Galo Díez expresó los puntos de vista de los sindicalistas: “¿Cuándo vamos ante el pueblo, de qué le hablamos? No le hablamos de sus deseos, de sus necesidades, de su miseria, de sus derechos. Le hablamos siempre de la revolución. ¿Ha encontrado alguien una revolución en la esquina? Durante veinticinco años he soñado con la revolución. Han transcurrido veinticinco años y todavía no me despierto... Si comparamos lo que la República nos da con lo que deseamos, la República nos da muy poco, pero si lo comparamos con lo que el dictador nos dio, es bastante. Es mucho”¹⁸.

Quien quiera conociese el movimiento obrero español debía comprender que el interés del nuevo régimen consistía en conseguir la integración en el mismo, de la CNT, sin exigirle renuncia ninguna a su ideología (cosa, por lo demás, que sería incongruente con un sistema democrático). Y ello por dos razones: una general, la de fortalecer al nuevo régimen, darle, frente a sus enemigos, una base lo más amplia, dinámica y hasta combativa posible (y no había duda de que la combatividad de la CNT era superior a la de cualquier fuerza republicana o socialista, como se había demostrado muchas veces antes y como se demostraría de nuevo en 1936). No se olvide que la República, aunque establecida pacíficamente, por la fuerza de las urnas, debería guardarse —y eso era ya visible en abril de 1931— de presiones eclesiásticas, militares, patronales, que exigían, para contrarrestarlas, que esas fuerzas vieran que, para defender a la República, la fuerza anarcosindicalista podía desencadenarse.

Por otro lado, desde el punto de vista de los partidos republicanos, de clase media, era evidente que no les convenía que la República fuese monopolizada por los socialistas, y ello precisamente porque eran el componente más poderoso de la conjunción republicano-socialista. Los partidos republicanos, de poco arraigo y menos volumen, necesitaban tiempo para organizarse, crecer y enraizar, y este tiempo sólo podía dárselo una CNT fuerte, integrada en el régimen (lo que no significaba sometida a él ni a su política), capaz de contrapesar a los socialistas y de ocuparlos en la competencia con ella. Yo diría que incluso desde el punto de vista socialista (cosa distinta del punto de vista angosto del interés inmediato del PSOE como partido), era conveniente la integración de la CNT en el nuevo régimen, por una parte para que toda la responsabilidad de defenderlo no recayera en los socialistas (la capacidad de acción de los republicanos se limitaba a la esfera verbal), y por otra parte para que la competencia entre las dos centrales sindicales acuciara a ambas y si acaso radicalizaba algo a una, la UGT, moderara a la otra, la CNT, y se crearan así las condiciones para una unidad sindical que no fuese producto de la absorción ni de la imposición de una ideología y la renuncia de la otra, es decir, una unidad sin dogmatismos y sin monolitismo. Esto, a la larga, debería favorecer más a la UGT que a la CNT y, en todo caso, era una necesidad para el nuevo régimen y para el país; la República podía crear las condiciones para que se satisficiera esa necesidad.

¹⁷ Jerome R. Mintz: *The Anarchists of Casas Viejas*, Chicago, 1982, pp. 140-141.

¹⁸ “Memoria del Congreso extraordinario celebrado en Madrid los días 11 al 16 de junio de 1931”, Barcelona, 1932. pp. 24-25 y 191.

La CNT, por su parte, no tenía en aquel momento, grandes exigencias. Muchos de sus dirigentes y la gran masa de los militantes y adherentes con cierta solera, comprendían que debía salirse del círculo vicioso de acción, represión, protesta por la represión, amnistía y nueva acción, para volver a empezar.

Era, pues, posible llegar, sin ni tan solo negociarlo, a establecer un *modus vivendi* entre el nuevo régimen y la CNT. Pero no se hizo. En ambos lados hubo fuerzas interesadas en impedirlo. En la CNT, la gente de la FAI iba apoderándose poco a poco de sindicatos y aprovechando cualquier huelga o reivindicación para tratar de radicalizar el conflicto y hacer que la República apareciera a los ojos de los cenetistas bajo la apariencia de la policía y nada más (apariencia que realmente tenía para muchos faistas jóvenes, poco bregados en las luchas obreras y desconocedoras de las duras experiencias del pasado). Creían que la acción, por poco coherente que fuese, despertaría a las masas, destruiría el Estado y llevaría a la Revolución. Era, adaptada a las circunstancias de aquel momento, la vieja teoría de la propaganda por la acción y de la chispa que prende. Hubo, así, un ataque armado a la central de teléfonos de Madrid, huelgas en el puerto de Barcelona (por rivalidad con el sindicato de la UGT, único de esta central con cierta fuerza en Cataluña), y paros de barberos, albañiles y taxistas. Siguieron, a lo largo del verano, huelgas de mineros, pescadores, metalúrgicos. En el otoño, una huelga general en Barcelona con choques con la policía y algunas barricadas. En Sevilla, una huelga con ley de fugas en el parque de María Luisa (tres guardias civiles y cuatro obreros murieron en choques durante un entierro); siguió una huelga general, estado de sitio y clausura de sindicatos.

Esta actitud, que era de una minoría capaz de arrastrar a muchos trabajadores, permitió que los socialistas no encontraran a ninguna oposición en el gobierno, cuando el ministro del Trabajo, el socialista Francisco Largo Caballero, propuso el establecimiento de un sistema de mediación y arbitraje en los conflictos de trabajo que parecía calcado de los comités paritarios de la Dictadura y que se llamó de jurados mixtos. Cualquiera que conociese a la CNT sabía que esto, irremisiblemente, debía provocar un rechazo a fondo de todas las tendencias anarcosindicalistas.

¿Por qué los socialistas no buscaron la integración de la CNT en la República, sino que la hicieron imposible? Ya era grave que los políticos republicanos echaran mano con tanta facilidad de la policía para “resolver” los conflictos sociales en que estaba implicada la CNT. Pero en cierto modo esto respondía a su deseo de demostrar que la República era un régimen tan de “orden” como la monarquía. Mas que los socialistas, con influencia decisiva en el gobierno, toleraran este recurso a la fuerza y que, además, lo completaran con medidas legislativas que debían forzosamente marginar del nuevo régimen a la gran masa cenetista y radicalizarla, es algo que no tiene explicación en el plano político. Hay que ir a la psicología individual y al patriotismo de partido para hallarla.

El Ministro de Trabajo, en los gobiernos republicanos hasta 1933, fue Francisco Largo Caballero, un hombre de la UGT. Socialista, cierto, pero sobre todo dirigente sindical, de origen obrero y muy realista. Su central lo había designado para formar parte del Consejo de Estado bajo Primo de Rivera (cosa que se les reprochó a él y a la UGT) y había aceptado por disciplina y por posibilismo. Hoy llamaríamos a Largo Caballero un burócrata sindical, pero de una época en que los sindicatos eran pobres, tenían a pocos burócratas y mal pagados, se reunían en locales sobrios, con escasos muebles, sin alfombras, sin automóviles. Su vida de gobernante no lo cambió. Para él, (a diferencia de muchos otros socialistas que veían a la UGT como una surcusal del partido), la UGT era lo principal, lo que daba sentido a su vida. No era un sindicalista en abstracto, sino un ugetista muy en concreto. Siempre había visto su central en situación de inferioridad respecto a la CNT, cuyos princi-

pios y prácticas le parecían absurdas o peligrosas. Y ahora, en el Ministerio de Trabajo, tenía la posibilidad de modificar la relación de fuerzas, utilizando para ello el aparato del Estado, sin que le quitara el sueño el hecho de que esto iba en contra de los principios mismos de la doctrina democrática.

Sin embargo, no creo que pueda pensarse que Largo Caballero y sus consejeros y amigos de la UGT planearan minuciosamente las cosas. Simplemente, hicieron lo que su formación y sus convicciones les dictaban, y si esto molestaba a la CNT, tanto mejor. El objetivo no era fastidiar a la CNT, sino aplicar unos principios tradicionales, pero si al hacerlo la CNT salía perjudicada, no iban a quejarse por ello ni a dejar de lado sus principios, aunque al aferrarse a estos supieran —no podían ignorarlo— que iban a provocar la enemiga acérrima de la CNT respecto a la República y respecto a la UGT y los socialistas también, claro está, pero eso resultaba menos importante, pues era una enemiga vieja ya de muchos años, producto no sólo de diferencias doctrinales, sino también de una rivalidad de por lo menos cuatro generaciones de sindicalistas.

Lo que hizo Largo Caballero fue establecer un sistema de jurados mixtos que, en lo fundamental, ya se dijo, reproducía el de comités paritarios de la Dictadura ¹⁹. Los jurados mixtos significaban la intervención del Estado en los conflictos de trabajo, una interferencia en lo que para los anarcosindicalistas debía ser un proceso de negociación y oposición al mismo tiempo entre patronos y obreros, entre la patronal y los sindicatos, y meter la política —y el peor aspecto de la política, el Estado— en la vida sindical. Así era como necesariamente debían verlo los anarcosindicalistas, de cualquier tendencia, y así fue como lo vieron. Esto, Largo Caballero tenía forzosamente que saberlo y preverlo.

Largo Caballero, aparte de que era partidario de dar al Estado un papel en los conflictos sociales —actitud común a los socialistas de muchos países—, creyó, sin duda, que la actuación de los Jurados Mixtos favorecería el crecimiento de la UGT. Si la CNT jugaba el juego, perdería su imagen revolucionaria y, por tanto, el atractivo que ejercía en muchos. Si lo rechazaba, se encontraría con que los conflictos los ganaba legalmente la UGT y los perdía la CNT y esto alejaría de sus filas a la masa obrera que, indiferente a los principios, buscaba solución inmediata a sus problemas. Si, como es lógico presumir, pensó esto, Largo Caballero demostró un absoluto desconocimiento de la mentalidad cenetista y de la manera de ser de los obreros formados por el movimiento sindical anarcosindicalista, con sus escuelas, ateneos, prensa y, además, moldeados por su reciente pasado rural y los efectos de su trasplante al medio urbano. La CNT, no se olvide, era poderosa, sobre todo, en aquellos lugares donde la clase obrera tenía un fuerte componente de inmigrantes rurales. Largo Caballero, al ignorar estos rasgos psicológicos y sociológicos, reflejó la indiferencia, tan frecuente en los medios socialistas, por la psicología de masas, incluso de aquellos socialistas que, como Largo Caballero, no podían considerarse marxistas en un sentido doctrinal y ortodoxo ²⁰.

Que Largo Caballero, en todo caso, trataba de aprovechar su paso por el Ministerio de Trabajo para minar la CNT, los hechos lo demostraron muy pronto —por lo menos los

¹⁹ La ley de Jurados Mixtos Profesionales es de 27 de noviembre de 1931, pero desde mucho antes se hablaba de ella, la anunciaban los socialistas y la anatematizaban los cenetistas. En la polémica en torno a esto, apenas si se encuentra ninguna intervención que no sea de gente de las dos centrales.

²⁰ Recuérdese que se habla aquí del Largo Caballero de 1931-32, y no del dirigente del PSOE al que lo que él vio como abandono de los republicanos en 1933, radicalizó y empujó a “descubrir” el marxismo, es decir, el Largo Caballero de los años 1934-36. Ya se verá que, si bien no muy explícitamente, su visión de la CNT cambió con el tiempo, fue cuando ya el daño estaba hecho.

hechos tal como debían verlos los cenetistas—. En el verano de 1931, el gobierno creó el cuerpo de guardias de asalto (nombre significativo), que se estrenó en acciones represivas contra huelguistas. Luego se promulgó la Ley de Defensa de la República. La huelga de la Telefónica, la de la construcción y algunas otras, dieron ocasión a que la República hiciera intervenir esos dos instrumentos, que los anarcosindicalistas percibieron como dirigidos contra ellos y no contra las fuerzas reaccionarias, como lo prueba la campaña de prensa en su contra en la prensa confederal.

Pero lo más grave fue cuando, en noviembre de 1931, se aprobó la ley de Jurados Mixtos, que inmediatamente la CNT rechazó, negándose a someter a esos jurados los conflictos de trabajos en que intervenían sindicatos cenetistas. El gobierno quiso imponer los Jurados y lo consiguió con los sindicatos ugetistas e independientes y hasta, más adelante, con los pocos de la fantasmagórica CGTU comunista, pero fracasó siempre con los de la CNT. Esto creó una tensión constante, puesto que la mayoría de las huelgas cenetistas fueron consideradas ilegales y motivaron, en consecuencia, la intervención de la fuerza pública y de la administración de justicia. A menos de un año de la proclamación de la República, había centenares de cenetistas en la cárcel o “empapelados” por los juzgados. Con la autonomía de Cataluña, la situación se agravó, porque la Generalidad consiguió, a finales de 1932, el traspaso de los servicios de policía, a los que la Esquerra Republicana, partido de clase media dominante en Cataluña, pobló con elementos de su ala nacionalista más radical, “Estat Catalá”, sector de jóvenes con vagas tendencias semifascistas o autoritarias, que se comportaron respecto a los anarquistas con una extrema brutalidad y que no retrocedieron ante el empleo de medios de tortura, aunque todavía primitivos, sin refinamientos técnicos²¹.

La infiltración faiera.

La impresión de que no había servido de nada colaborar con los republicanos, antes de abril de 1931, ni darles un tiempo de respiro, después de la proclamación del nuevo régimen, no podía dejar de minar la influencia, hasta entonces preponderante, del grupo sindicalista. Poco a poco, los sindicatos iban cayendo en manos de elementos de la FAI. Y esto determinaba que se recurriera por parte de ellos a actitudes más y más intransigentes y violentas. Esto, a su vez, conducía a una reacción más dura por parte de las autoridades republicanas. La puntilla la dio, como ya se indicó, la ley de Jurados Mixtos, que para los cenetistas equivalía a una especie de declaración de guerra. Si la República no podía aceptar que los

²¹ Estat Catalá consiguió el control de hecho de la policía catalana gracias a Lluís Companys, cuando éste, a la muerte de Francesc Macià, fue elegido Presidente de la Generalidad. Por su antigua proximidad con los elementos de la CNT, Companys habría podido contrarrestar algo los efectos de la política de Largo Caballero, y, de hecho, nunca trató seriamente de hacer cumplir la ley de Jurados Mixtos, aunque, claro está, estos existían en Cataluña. Pero temeroso, al mismo tiempo, de que se le tachara de poco catalanista, o acaso de depender demasiado de la CNT contrarrestó esta política con su apoyo a Estat Catalá, a cuyo dirigente Josep Dencàs, nombró para la Consejería de Gobernación. Este Dencàs y su Estat Catalá fueron los que empujaron a Companys al gesto absurdo de octubre de 1934 y quienes a la hora de la verdad, no emplearon las armas y el control de la policía para defender este gesto, sino que se rindieron sin lucha. Los jefes de la policía de la Generalitat, Josep y Miguel Badía que se habían dedicado a perseguir a anarquistas, fueron muertos en plena calle a comienzos de 1936, por un grupo de acción de la FAI.

conflictos de trabajo se resolvieran al margen del Estado, pensaban los cenetistas, no podía tampoco aceptar, de hecho, la existencia y el funcionamiento normal de la CNT. Y, siendo esto así, seguían pensando los militantes de la base, la FAI tenía razón. Si la República marginaba a la CNT, entonces la CNT debía buscar por sus propios medios la manera de establecer el comunismo libertario.

En un último intento de evitar el divorcio, los sindicalistas más moderados lanzaron el 1 de septiembre de 1931 un manifiesto que por el número de los firmantes se llamó de los Treintistas (Pestaña y Peiró eran sus firmantes más destacados). La ley de Jurados Mixtos, promulgada unas semanas después, cuando en la CNT la polémica en torno a ese manifiesto estaba al rojo vivo, inclinó la balanza del lado de la FAI, como era lógico prever²². Es “muy sencillo lanzar a las masas a la calle para que las golpeen y las disparen, pero quien hace esto, más que un revolucionario es un asesino moral”, dicen los treintistas. La FAI se siente ya bastante fuerte en la organización y emprende la ofensiva. A los seis meses de la publicación del manifiesto, Angel Pestaña pierde la secretaría general de la CNT (y luego se le expulsa de su propio sindicato de metalúrgicos). Peiró dimite de su cargo de director de *Solidaridad Obrera*. Esos sindicatos dirigidos por militantes del BOC son expulsados de la CNT porque se niegan a expulsar a sus dirigentes que han sido candidatos a puestos políticos. A mediados de 1933, la CNT ha quedado reducida a la ciudad de Barcelona, donde sigue siendo la gran fuerza obrera, y a algunos focos en provincias, pero ha perdido su fuerza en el resto de Cataluña. En Valencia, los treintistas tienen también influencia, lo mismo que en la provincia de Barcelona (fuera de la capital), pero los faistas dominan en el resto de España o consiguen que quienes simpatizan con los treintistas no sigan a éstos, por miedo a verse expulsados.

Entonces empiezan las intentonas de establecer el comunismo libertario por medio de sublevaciones locales: en enero de 1932 en el Llobregat, en la Rioja, en Andalucía (con la tragedia de Casas Viejas). Ninguna conducirá más que a la represión, y en todas se verá que, puestos ante los hechos, los anarquistas “puros” crean sus formas propias de poder, aunque sea por unas horas o unos días, y aunque les den nombres que difieran de las formas tradicionales de poder: comités, por ejemplo.

La CNT a comienzos de 1932, se halla fuera de la República, en guerra contra ella. Y los sindicalistas se hallan fuera de la CNT o sumergidos, dentro de ella, por el emocionalismo faista.

Es interesante, aquí, señalar que los dirigentes sindicalistas, una vez establecida la República, no intentaron hacer comprender a los dirigentes republicanos la importancia de no marginar a la CNT y de no aceptar los Jurados Mixtos o no imponerlos a la fuerza. Tal vez Companys y algunos de los diputados militares (que luego fueron llamados jabalíes) hablaron de ello en privado con ministros, pero estos no debieron hacerles mucho caso, pues los consideraban “cabezas calientes”. El predominio entre los dirigentes republicanos de gentes de profesiones que pueden llamarse intelectuales (que siempre suelen despreciar al anarquista y al autodidacta), hizo que cualquier intento de explicarles el fenómeno anarquista fracasara de antemano. Hay que decir también que ante la represión, los sindicalistas no podían, sin exponerse a los reproches de sus propios compañeros, ir a visitar a los represores ni realizar gestiones ante ellos. Ya se indicó, por otra parte, que Companys, que hu-

²² La posición sindicalista, en sus diversas etapas, puede verse en el Manifiesto del grupo “Solidaridad” (en Angel Pestaña: *Trayectoria sindicalista*, Madrid, 1975, pp. 586 y ss.) y en el *Manifiesto de los treinta* (id. pp. 613 y ss.).

biese podido hacer de puente, dio carta blanca a la parte más represiva del catalanismo, y esto lo incapacitó para ese cometido.

En fin de cuentas, jabalíes, Companys y los dirigentes republicanos eran gente de clase media y, por tanto, a los ojos de los cenetistas, pertenecían al otro bando. En cambio, los socialistas se proclamaban obreros —muchísimos lo eran en efecto— y podía suponérseles en el mismo bando que los anarquistas, sino en el terreno de la ideología, sí en el de los intereses materiales. Correspondía, pues, a los socialistas comprender la situación y darse cuenta de la importancia para el nuevo régimen y, sobre todo, para el movimiento obrero español, que la CNT no fuese marginada.

Pero en los socialistas predominaron consideraciones muy diversas que les impidieron esa comprensión. Por un lado, estaba la tradición, la vieja lucha entre marxistas y bakuninistas, el recuerdo de otras “unidades” que redundaron en un auge de la CNT. Por otro lado estaba cierto sentimiento de culpa, nunca confesado, por la pasividad socialista ante la Dictadura y hasta su relativa colaboración con la misma (caso del Consejero de Estado socialista, que se les reprochó a menudo). Finalmente, no debe olvidarse —porque posiblemente fue el factor decisivo—, el interés inmediato del PSOE y sobre todo de la UGT (y Largo Caballero era un hombre de la UGT), en conseguir la hegemonía sindical. Este deseo debió nublar el panorama general e impedir la visión de las consecuencias a largo plazo de marginar a la CNT (repito, por los Jurados Mixtos y consintiendo desde el gobierno la actuación policiaca contra la CNT), y debió también impedir ver lo que de antidemocrático había en aprovechar un ministerio para liquidar cuentas privadas (de organización) y favorecer a los sindicatos ugetistas tratando de destruir a los cenetistas.

La UGT y los ministros socialistas actuaron entonces como ya habían hecho antes (excepto en los breves períodos de unidad de acción, siempre sugerida por la CNT): ignorar la existencia del anarcosindicalismo, del mismo modo que la CNT ignoraba la existencia de la UGT (salvo en dichos períodos). Pero una cosa es ignorar en público y otra muy distinta apartar del pensamiento la existencia del rival.

En resumidas cuentas, entre la incompreensión de los republicanos, el patriotismo de organización de los socialistas y el patriotismo ideológico de la FAI, se crearon las condiciones para que la CNT quedara fuera del nuevo régimen, para que los socialistas creyeran ganada la batalla contra la CNT y para que los anarquistas “puros” ganaran la batalla contra los sindicalistas.

Estas cosas no suelen decirse en los libros de historia —ni siquiera en los relativos al movimiento obrero—. Parece que hay un tabú sobre este análisis. Pero si no se dicen, la explicación de lo sucedido entre la República y la CNT queda reducida a un ejercicio de psicología individual y una repetición de lugares comunes de propaganda.

Los marxismos minoritarios.

El PSOE afirmaba, en su programa, que era un partido marxista. Pero entre sus dirigentes los que podían considerarse marxistas eran una minoría, y ésta estaba, sobre todo, entre los jóvenes. Únicamente Besteiro mostraba interés por la teoría. Largo Caballero descubriría el marxismo años más tarde. Prieto se vanagloriaba de no haber leído nunca a Marx. De los Ríos fue, fundamentalmente, un socialista humanista. El marxismo era, pues, en España, un terreno de nadie.

Intentaron ocuparlo tres organizaciones, todas ellas muy minoritarias comparadas con el PSOE-UGT y la CNT: el Partido Comunista de España, el Bloque Obrero y Campesino y la Oposición Comunista. Las dos últimas se fusionaron, en 1935, para formar el POUM. Conviene dar un repaso a lo que significaron en el movimiento obrero durante la República, no tanto por su peso entonces, cuanto como antecedente del importante papel que desempeñaron en el curso de la guerra civil ²³.

El PCE surgió de la fusión, en 1921, de dos grupos escindidos del PSOE y la adición de un grupo de la CNT. Primero se separaron del PSOE, las Juventudes Socialistas (más o menos la mitad de ellas), que formaron el PC. Luego, un grupo de militantes del mismo PSOE, que formaron el PCOE. Ambos partidos, afiliados a la Tercera Internacional, se fusionaron, a instancias y bajo la dirección de ésta, en el PCE. La CNT, por su parte, había acordado adherirse provisionalmente a la Internacional Comunista, pero luego anuló esta adhesión. Los partidarios de mantenerla formaron los Comités Sindicalistas Revolucionarios, fuertes sobre todo en Cataluña, donde dirigían algunos sindicatos importantes. Cuando llegó la Dictadura, los CSR se disolvieron —pues su actividad se desplegaba en las asambleas sindicales, que la dictadura hizo imposible— y sus miembros ingresaron en la Federación Catalano-Balear del PCE, a la que enseguida, por su número, dominaron.

La vida política del PCE fue casi inexistente de puertas afuera. Tenía no más de 500 militantes, bajo la Dictadura, y la gente ni lo conocía ni le prestaba atención, pese a que su prensa fue tolerada (aunque bajo censura) por Primo de Rivera. Pero la vida política interna del PCE fue intensa.

Las direcciones se sucedían unas a otras. Al principio eran producto de la voluntad de los militantes y de las luchas de fracciones, pero ya a partir de la época de la bolchevización de los partidos, fueron de hecho designadas por la Tercera Internacional. Así, después de un período en que los fundadores dirigieron el partido, hubo la de las troikas, que culminó en la de Bullejos-Trilla-Adame y la salida de la Federación Catalano-Balear, por no estar conforme con lo que llamaban “colonialismo revolucionario” (es decir, que la política del PCE se determinara en Moscú), que dio lugar a situaciones increíbles, como que el PCE recibiera la orden de participar en la Asamblea Consultiva de Primo de Rivera, porque Moscú estaba negociando un contrato petrolero con Madrid, orden que el dictador no permitió cumplir, pues no invitó a los comunistas a formar parte de la Asamblea. La troika duró hasta 1932 y aplicó fielmente las consignas de la Comintern, entre ellas, la de reclamar “Todo el poder a los soviets” cuando se proclamó la República. En 1932, por pedir, no independencia, sino cierto grado de autonomía respecto a los “instructores” (como se llamaba a los delegados de la Comintern, Humbert-Droz, Stepanov, Codovilla), esta dirección fue depuesta por el grupo de adictos a los “instructores” con la anuencia de Moscú, que retuvo en la capital rusa a los componentes de la troika. Díaz, Hernández e Ibárruri fueron, hasta terminada la segunda guerra mundial, los dirigentes nominales del PCE ²⁴.

Esta situación no fue aceptada por los que sentían simpatía por las posiciones de Trotsky, que fundaron en Bruselas, en 1928, la Oposición Comunista, transformada en Izquierda Comunista en 1933, cuando ya Andrés Nin habría regresado de Rusia y pasado a ser secre-

²³ Este ensayo de interpretación se limita a las fuerzas extraparlamentarias durante el período estrictamente parlamentario de la República, es decir, hasta el 18 de julio de 1936. Después de esta fecha, la relación de fuerzas se alteró considerablemente. Pero esta alteración no podría comprenderse sin los antecedentes que aquí se exponen.

²⁴ Victor Alba: *El Partido Comunista en España*, Barcelona 1979, *passim*.

tario general de la pequeña organización, muy activa en el terreno teórico, pero poco en el de la práctica. El trotskismo nunca tuvo muchos adeptos en España y acabó rompiendo con Trotsky mismo, en 1933, cuando el viejo bolchevique dio la orden de seguir una nueva táctica: el “entrismo” en los partidos socialistas, a lo que rehusaron sus partidarios españoles²⁵.

Más éxito tuvo la Federación Comunista Catalano-Balear, compuesta, en realidad, de los supervivientes de los Comités Sindicalistas Revolucionarios de la CNT y dirigida por Joaquín Maurín. En 1930, la Federación se fusionó con un Partit Comunista Catalá (nunca afiliado a la Tercera Internacional) para formar el Bloque Obrero y Campesino (BOC), que se desarrolló con relativa rapidez en Cataluña, donde llegó a tener más fuerza y más afiliados que el PCE en toda España. (Cuando se fundó, el BOC contaba con 700 afiliados en un momento en que el PCE no pasaba de los 500. En 1933, las cifras eran, respectivamente, de 3.000 y 2.000)²⁶.

Se marcan, así, dos tendencias muy claras en el pequeño movimiento comunista español. Una, la del PCE, estaliniana (y, por tanto, a criterio del autor, no marxista más que verbalmente), enteramente sometida a la Tercera Internacional, sin democracia interna y que se opone abiertamente a la República, crea su propia central sindical (la CGTU, sin fuerza ninguna)²⁷, obsesionada por la existencia del BOC, al que ataca furiosamente, y que llega a calificar a Azaña de fascista (el mismo día 10 de agosto de 1932 en que se sublevó en Sevilla el general José Sanjurjo, en *Mundo Obrero*, diario del PCE), y una tendencia comunista disidente, no estaliniana, aunque no antisoviética, pues sigue defendiendo a la URSS si bien criticando a Stalin y el “colonialismo” de la Tercera Internacional. El BOC trabaja dentro de la CNT, de la que proceden casi todos sus miembros, hasta que los faistas expulsan a los sindicatos dirigidos por bloquistas y estos acaban formando, ya en 1935, una central que ven como transitoria, la FOUS (Federación Obrera de Unidad Sindical) dirigida por Nin²⁸. El BOC considera que antes de ir a la revolución socialista hay que hacer en España la revolución democrático-burguesa y que como la burguesía española, pequeña y timorata, no es capaz de llevarla a cabo, corresponde al proletariado hacerla, tesis que Lenin sostuvo ya antes y en los comienzos de la revolución rusa. El BOC y luego el POUM presentan la característica excepcional de ser el único caso en el mundo de un movimiento comunista disidente del comunismo oficial más fuerte que el partido comunista del cual se desgajó y que toma la iniciativa y se convierte en el centro de un intento de formar una nueva internacional, el llamado Buró de Londres (de partidos socialistas revolucionarios), mientras que la Izquierda Comunista nunca se integró en una Cuarta Internacional que no existía aún cuando tuvo lugar la fusión en el POUM.

Esos tres movimientos se encontraban marginados de la República no por efectos de la política republicana —pues no sufrieron persecución dirigida contra ellos, sino, cuando

²⁵ Pelai Pagés: *El movimiento trotskista en España*. Barcelona, 1977, passim.

²⁶ Más tarde, a finales de 1935, el BOC y la Izquierda Comunista se fusionaron y formaron el POUM, que tenía, en vísperas del 19 de julio de 1936, unos 7.000 afiliados, frente a los 10.000 del PCE (aunque este pretendía llegar a los 100.000, cosa absolutamente falta y propagandística). Al mismo tiempo que se formaba el POUM, dos pequeños partidos catalanes socialistas y las secciones catalanas del PCE y del PSOE negociaban su fusión, que no llegó a realizarse hasta dos días después del 19 de julio. El nuevo partido, Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) adhirió inmediatamente a la Tercera Internacional. Pero esto queda ya fuera del período que se trata aquí de interpretar. Para el BOC, véase de Víctor Alba: *El marxisme a Catalunya*, Barcelona, 1974, vol. I. y de Frances Bonamusa: *El Bloc Obrer i Camperol*, Barcelona, 1974.

²⁷ Alba; *El Partido Comunista en España*, p. 129.

²⁸ Alba: *El marxisme a Catalunya*, vol. I. pp. 386 y ss.

más, de rebote a la que se dirigía contra la CNT —sino por efecto de la ley electoral, que al negar la representación proporcional, les impedía acceder a ayuntamientos (allí donde hubo elecciones municipales, como en Cataluña).

Hay que destacar que del BOC salieron, en esos años, los únicos análisis políticos serios de la realidad española, especialmente en los libros de Maurín. Debe tenerse en cuenta que ni el PSOE, ni la CNT y menos los republicanos y comunistas oficiales, hicieron ninguna labor de análisis de la sociedad española ni produjeron ninguna literatura política interesante. La Izquierda Comunista, que publicó mucho, se encontraba limitada, en su análisis, por las concepciones de Trotsky, que no acertó ni una sola vez en sus escritos sobre España²⁹; pese a esto, su literatura es valiosa. Pero tanto en el caso del BOC como de la IC, lo que decían y escribían atraía a elementos nuevos, pero no penetraba en lo que lógicamente hubiera debido ser su público: el de los afiliados a la CNT. Las coincidencias de objetivo final quedaban borradas por la desconfianza de los anarcosindicalistas respecto a cualquier forma de comunismo, desconfianza que justificaban con la historia y que la historia iba a justificar bien pronto con la guerra civil.

La Alianza Obrera.

Es interesante poner de relieve que ni la CNT ni el PSOE-UGT prestaban gran atención a la situación internacional. Desde la experiencia de la revolución rusa, que las había sacado de su provincianismo, ambas organizaciones se encerraban en las cuestiones nacionales. Eran los grupos marxistas minoritarios los que, respondiendo a su formación ideológica, se preocupaban por las cuestiones internacionales. La subida de Hitler al poder, en enero de 1933, no afectó grandemente a las dos principales fuerzas obreras, pero sacudió profundamente al PCE (como reflejo de la sacudida sentida en Moscú) y a la IC y al BOC (como resultado de su propia concepción de la lucha obrera). Después, los acontecimientos de 1934 en Francia y Austria, reforzaron este interés por lo que ocurría en el extranjero y su influencia en el porvenir de España.

Joaquín Maurín, afirmando que el nazismo había llegado al poder a través de la fisura entre socialistas y comunistas alemanes (de la que hacía responsable la política del mal menor de la socialdemocracia alemana y la política de “socialfascismo” y de “frente único por la base” de la Internacional Comunista), preconizó en España la formación de una alianza obrera, en la cual, sin que ninguna organización perdiera su identidad, marcharan juntas para defenderse primero contra el fascismo y pasar luego a lo que Maurín llamaba la revolución democrático-socialista³⁰.

La iniciativa del BOC, precedida por varios éxitos de alianza sindical y de alianza en defensa de los obreros parados, encontró eco, en Cataluña, en varias formaciones menores: Federación Sindicalista Libertaria (treintistas), Unió Socialista de Catalunya, UGT catalana, sindicatos controlados por treintistas o por bloquistas, Federación catalana del PSOE, Izquierda comunista. A finales de 1933 formalizaron un pacto de Alianza Obrera. Largo

²⁹ Ignacio Iglesias: *León Trotsky y España, 1930-1939*, Madrid, 1977; León Trotsky: *The Spanish Revolution, 1931-1939*, Nueva York, 1973.

³⁰ Victor Alba: *La Alianza Obrera*, Madrid, 1977 passim

Caballero, que a su salida del gobierno había comenzado un proceso de radicalización, prestó atención a la iniciativa y se mostró inclinado a apoyarla a condición de que también lo hiciera la CNT.

En muchos lugares de España se formaron alianzas locales, en las que entraron las agrupaciones socialistas locales. Es posible que de no haber venido los acontecimientos de octubre de 1934, la Alianza Obrera hubiese acabado generalizándose y atrayendo a las dos organizaciones principales. El PCE, por su parte, se opuso a la Alianza, como contraria a su política de frente único por la base, y la acusó de hacer el juego a la burguesía. Pero cuando los acontecimientos se precipitaron, ya en vísperas de octubre del 1934, el PCE hizo un viraje y entró en la Alianza, intentando convertirla no en una organización de organizaciones, sino en una organización de base (es decir, tratando de utilizarla para su política de frente único).

La CNT seguía muy dividida. Mientras los grupos más intransigentes organizaban alzamientos (cuatro en poco más de dos años), siempre aplastados por la fuerza pública y siempre causa de duras represiones, otros grupos empezaban a darse cuenta de que ese camino no conducía a ninguna parte. Orobón Fernández, en Madrid, por ejemplo, se manifestó públicamente favorable a la Alianza Obrera, a condición de que fuese para hacer la revolución. La Regional asturiana consiguió de un pleno nacional la aceptación de que participara en la Alianza Obrera.

Esta tuvo su prueba de fuego en octubre de 1934. En Cataluña abogó por la proclamación de la República Catalana (no por catalanismo, sino como ruptura con el Estado burgués) y en Asturias dirigió la sublevación minera que duró dos semanas, de cuya represión se encargó al ejército y fue planeada por el general Francisco Franco y ejecutada por el general masón y republicano Eduardo López Ochoa. Aunque después los cenetistas tendieron a presentar los acontecimientos asturianos de octubre, como resultado de la alianza CNT-UGT, la realidad fue que los dirigió la Alianza Obrera. Los documentos de los propios revolucionarios lo prueban³¹.

El Frente Popular.

Pero la consigna del Frente Popular barrió a la Alianza Obrera. El POUM propuso que se formaran candidaturas de Alianza Obrera, pero predominó el hábito, en los socialistas, de formar coaliciones electorales con los republicanos de izquierda. Después que el VII Congreso de la Internacional Comunista, en agosto de 1935, aprobó la nueva línea del Frente Popular, el PCE pidió que se le aceptara en la coalición que republicanos y socialistas negociaban desde hacía casi un año y luego consiguió, valiéndose de sus abundantes medios de propaganda, que se adoptara el nombre de Frente o Bloque Popular (excepto en Cataluña, donde se llamó Front d'Esquerres). Los antiguos componentes de la Alianza Obrera no tuvieron más remedio, ante el estado de ánimo del hombre de la calle, que integrarse

³¹ N. Molins i Fàbrega: *UHP. La insurrección proletaria de Asturias*, Madrid, 1977 (traducción del texto publicado en Barcelona en 1935); B. Díaz Nosty: *La comuna asturiana*, Madrid, 1974; Manuel Villar: *El anarquismo en la insurrección de Asturias*, Buenos Aires, 1936; Manuel Grossi: *L'insurrection des Asturies*, París, 1972 (traducción de un texto publicado en Barcelona en 1935).

en el Frente Popular. Este fue acogido con recelo por la izquierda socialista, pero con agrado por la derecha socialista y por los republicanos (excepto por Felipe Sánchez Román), porque veían en él un organismo que haría las funciones de bombero de la impaciencia y las ansias de la calle. Los comunistas querían, con los republicanos, que precisamente para desempeñar este papel, el Frente Popular se concibiera como un organismo de gobierno, que subsistiera después de las elecciones, mientras que la izquierda socialista y el POUM lo veían sólo como una coalición electoral, transitoria.

La CNT, que en las elecciones de 1933 (que dieron la victoria a la derecha), hizo una extensa campaña de "Obreros, no votéis"³², ahora modificó su actitud. De los 33.000 presos políticos que había, posiblemente la mitad eran cenetistas. El deseo de hacerlos salir de la cárcel por una amnistía (que figuraba en el programa del Frente Popular), y también la inquietud causada por la posibilidad de que las derechas volvieran al gobierno, después que los cenetistas comprobaron que un gobierno de derechas era aún peor para ellos que uno de izquierdas, los inclinó a votar. Nunca se reconoció así abiertamente, pero quienes vivieron aquella época saben que en los mítines cenetistas se insistía mucho sobre el peligro de una victoria derechista y que bajo mano, pese a las decisiones públicas de los plenos confederales, se dio la consigna de votar por el Frente Popular. El hecho de que las dos viejas tendencias rivales se hubieran reconciliado y que los "treintistas" reingresaran en la CNT, contribuyó a este cambio de actitud. Ya el 2 de enero de 1932, la *Solidaridad* indicaba que la necesidad del apoyo obrero había hecho cambiar de postura a la Esquerra Republicana de Cataluña. El 26 de enero, se celebró un pleno regional catalán, que ratificó "los principios apolíticos de la CNT" y recomendó "una campaña antipolítica y abstencionista", gracias sobre todo a la presión del delegado de la AIT, Eusebio A. Carbó. Un pleno de regionales del 2 de febrero, aprobó una declaración "apolítica" muy tibia. De hecho, la presencia de Benito Pabón en la candidatura frentepopulista de Zaragoza era como un signo de ausencia, puesto que nadie creía que Pabón, abogado de la CNT, hubiese aceptado sin consultar con el Comité Nacional. El Comité Local de Cádiz rechazó públicamente una oferta secreta de medio millón de pesetas, hecha por las derechas para financiar una campaña abstencionista.

El día antes de las elecciones, la prensa publicó un manifiesto del Comité Nacional, fechado en Zaragoza, en el que se dice: "Nosotros, que no defendemos la República, pero que combatiremos sin tregua al fascismo, pondremos a contribución todas las fuerzas de que disponemos para derrotar a los verdugos históricos del proletariado español"³³. Un teorizante de la FAI, Santillán, escribió más tarde: "Teníamos la llave del poder en la mano... Si determinábamos una abstención electoral, como habíamos hecho siempre, el triunfo de las derechas habría sido inevitable... Eran muchos los militantes que no querían entender esto y clamaban a todos los vientos contra nuestra actitud... Felizmente, vino en nuestra ayuda el buen instinto de las grandes masas. Se esgrimió la liberación de nuestros presos, desde nuestra prensa se hizo una propaganda razonada que evitó la abstención de 1933. Sólo un militante... se atrevió públicamente, en un mitín confederal, a recomendar públicamente que se fuese a las urnas para lograr la libertad de los presos: fue Buenaventura Durruti, el héroe del boicot a las urnas de 1933"³⁴.

³² Se dijo mucho que la FAI había cobrado de las derechas por su campaña abstencionista de 1933. Lo dijeron, sobre todo, las izquierdas para explicar su derrota y, en especial, para no reconocer que su política hubiese enajenado a las masas cenetistas. Pero nunca se ha probado esta acusación. Por mi conocimiento de muchos dirigentes cenetistas y faistas, creo que psicológicamente es inverosímil, además de calumniosa.

³³ Victor Alba: *El Frente Popular*. Barcelona, 1976, pp. 385.

³⁴ Diego Abad de Santillán: *De Alfonso XIII a Franco*, Buenos Aires, 1974, pp. 288-289.

Quizás ayude a comprender lo poco que los dirigentes políticos entendían y conocían a la CNT, el que Gil Robles creyera que los cenetistas se abstendrían y que Azaña, al decirle que habían decidido votar, supuso que sería por Gil Robles³⁵.

Los resultados electorales del 16 de febrero de 1936 dieron una fuerte victoria al Frente Popular, en términos de escaños, pero una victoria muy justa en términos de votos. En efecto, el Frente Popular consiguió 4.653.000 sufragios (o sea, el 34,3 por ciento de los votos), mientras que la derecha lograba 4.503.000 votos (33,2 por ciento) y el centro, 526.000 (5,4 por ciento). La diferencia entre derecha y Frente popular es, pues, de apenas 150.000 votos. Y si se tiene en cuenta que el centro, en un momento de apuro, se inclinaría en su mayoría por la derecha antes que por el Frente Popular, puede considerarse que las elecciones fueron ganadas por la derecha. Estas cifras indican hasta qué punto la participación de los cenetistas (que aportaron, ciertamente, mucho más de 150.000 votos) fue decisiva. Si la CNT hubiese hecho propaganda por la abstención, como en 1933, el Frente Popular hubiera sido derrotado, de eso no cabe duda³⁶.

No hubo ningún reconocimiento público —y, que yo sepa, tampoco privado— de esta aportación de la CNT. Uno de sus miembros, Angel Pestaña, era diputado, pero por el Partido Sindicalista. Y si bien los presos salieron pronto de las cárceles, la política de los gobiernos que se llamaron de Frente Popular (aunque en realidad eran simplemente republicanos, con el apoyo parlamentario de los partidos del Frente Popular) siguió siendo, frente a la CNT, la misma que en los comienzos de la República.

Los que sacaron mayor partido proporcionalmente, del Frente Popular, fueron los comunistas oficiales. El PCE, en efecto, consiguió poner a una veintena de sus miembros en candidatura y trece de ellos salieron elegidos. Esta cifra era desproporcionada en relación con los votos que el PCE hubiese conseguido, de ir solo, y con el número de afiliados al PCE (100.000 según el PCE, 10.000 según los estudiosos del tema). El POUM (con 7.000 miembros en aquel momento, la mayoría en Cataluña) sacó un diputado, Joaquín Maurín; dos miembros suyos, Julián Gorkín y Andrés Nin, que habían sido puestos en candidatura en otras partes, fueron eliminados por la acción local convergente de republicanos y comunistas³⁷.

La busca del orden.

Los meses que transcurrieron, a trompicones, entre las elecciones del 16 de febrero y el alzamiento de militares, falangistas y derechas del 17 de julio de 1936 vieron una profunda división entre la calle y el Parlamento. En este, los partidos del Frente Popular apoyaban a un gobierno de republicanos que no supo adoptar ni una sola medida para ganar nuevos aliados a una república amenazada. Solamente los comunistas sostuvieron al gobierno en la calle. El PSOE y la UGT, así como la CNT y los grupos marxistas extraparlamentarios —que seguían siéndolo a pesar de tener uno o dos diputados—, se vieron, de hecho, arrastrados por la impaciencia popular.

³⁵ José María Gil Robles: *No fue posible la paz*, Barcelona 1968, pp. 462-463. La referencia a Azaña en *id*, citando a José Venegas: *Andanzas y recuerdos de España*, Montevideo, 1943, p. 217.

³⁶ Javier Tusell: *Las elecciones del Frente Popular*. Madrid, 1971, vol. II, p. 13.

³⁷ Victor Alba: *El marxisme a Catalunya*, Vol. I, pp. 368 y ss.

Se pagó entonces la política de marginación mantenida por los republicanos y socialistas durante los primeros dos años del nuevo régimen —que había envejecido rápidamente— y por los republicanos durante los otros tres años.

La gente quería orden. Estaba harta de negocios sucios —extraperlo, escándalo Nombela, etc.— de falta de medidas sociales, de la grotesca lentitud de la reforma agraria, de las vacilaciones ante nuevas autonomías, de reformas ineficaces de la administración y el ejército, del paro y la fuga de capitales.

Hubo, ciertamente, reyertas en las calles, ataques a centros políticos de todas las tendencias y a iglesias, choques entre huelguistas o campesinos con la guardia civil... Todo esto no era desorden más que en apariencia. Era lo que sucede cuando el hombre de la calle se mueve en busca del orden que el gobierno no sabe darle no con policía, sino con leyes aplicables y aplicadas.

El Frente Popular, como instrumento para apagar incendios, demostró su ineficacia. Las fuerzas extraparlamentarias crecían rápidamente. Únicamente en Cataluña, donde no había tanto descontento ni desilusión, no hubo “desórdenes” en busca de orden. El espectáculo de la insigne deshonestidad y equivocación política de la destitución de Alcalá Zamora (unas Cortes elegidas gracias a una decisión de Alcalá Zamora, primer presidente de la República, destituyéndolo por causa de esta misma decisión), acentuaron el desbarajuste.

El poder estaba, de hecho, en medio de la calle. Las fuerzas “de orden”, generadoras del desorden que el pueblo trataba de corregir con su propio desorden, fueron las primeras en lanzarse a arrebatarlo.

Fue el alzamiento. Y con él las fuerzas extraparlamentarias pasaron a ser protagonistas en ambos lados, por diez meses, de la tragedia española.

Pero esto es ya otra historia.